

EPÍLOGO

Desde otra trinchera generacional

ANTONIO GARCÍA SANTESMASES

Quizás por considerarme asturiano de adopción, mi lectura de la obra de Pablo Batalla se ha producido este mes de agosto de 2021 en mi querido Gijón. Vuelvo a Madrid y me pongo de inmediato a escribir sobre el libro que acabo de terminar. Tengo la fortuna de haber sido requerido a realizar el epílogo y no el prólogo. A veces los prólogos dicen tanto del libro como la propia obra, y me hubiera costado mucho asumir una responsabilidad tan inmensa.

La primera consideración que quería realizar es el enorme interés que me produce una investigación tan alejada de los parámetros en los que se movía mi generación. Si seguimos el criterio de Ortega, entre Pablo y yo habitan dos generaciones. Podríamos situar mi generación en los que son demasiado jóvenes cuando comienza la Transición y van a rebufo de las del cincuenta y seis y el sesenta y ocho. En mi caso, he tenido contactos con miembros destacados de ambas generaciones, tanto en la vida académica como en la vida política. De alguna forma, a pesar de la diferencia de edad, compartía trinchera con políticos e intelectuales de la generación del cincuenta y seis —como Ignacio Sotelo, Fernando Morán, Luis Gómez Llorente, Elías Díaz o Paco Prendes— y de la generación del sesenta y ocho —como Jaime Pastor, Manolo Monereo o Germán Ojeda.

¿A qué generación pertenece Pablo Batalla y desde dónde mira la realidad histórica y política? Pienso que el hecho que marca a su generación es el movimiento que eclosiona el 15 de mayo del 2011. Así como relacionamos a la generación del cincuenta y seis con la aparición del primer movimiento estudiantil

contrario a la dictadura, donde los hijos de los vencedores y los vencidos se unen para reclamar un Estado democrático, y pensamos en el sesenta y ocho recordando los sucesos de París, de Praga, del movimiento de los campus norteamericanos contra la guerra de Vietnam y de los estudiantes mexicanos trágicamente desaparecidos, en el caso de la generación de Pablo Batalla es lo ocurrido aquellos meses en las plazas españolas lo que marca el sello generacional y permite visualizar la ruptura entre lo viejo y lo nuevo.

Muchas cosas han pasado desde entonces y para entenderlas es imprescindible la lectura de esta obra. No porque hable directamente de aquellos hechos; no porque el autor recuerde su protagonismo o los avatares de su vida político-partidaria a partir de ese momento. Lo interesante es que Pablo Batalla habla y escribe, piensa e interpreta los hechos, desde los supuestos que constituyen el universo ideológico en el que se mueve su generación. Bien es cierto que no toda su generación, como no podía ser de otra manera: es desde los supuestos de lo que podríamos denominar *cultura de izquierdas*, en un sentido amplio y complejo, que Pablo Batalla habla y escribe, debate y se enzarza, con unos y con otros para escudriñar cómo ha resurgido el nacionalismo español.

Dos puntos quisiera analizar —1) ¿Cómo era la cultura de la Transición? 2) ¿Rompe la generación del 15-M con esta cultura?— para, al final, hacer algunas breves consideraciones sobre el mundo que le espera a la generación emergente; a la generación de Pablo Batalla.

La cultura de la Transición: memoria e historia

Siguiendo el esquema de las generaciones propuesto por Ortega, podríamos distinguir entre la *generación emergente*, la *generación hegemónica* y la *generación declinante*. De los cero a los treinta años, pertenecemos a la generación emergente; y a partir de los sesenta, a la declinante. Se ha insistido mucho en

que hoy no tenemos las mismas expectativas de vida que en la época de Ortega y en que se podría retrasar el tiempo en que comienza a correr la generación declinante, a la par que, dada la precariedad laboral, habría que matizar hasta cuándo llega la emergente y puede comenzar a disputar la hegemonía de la dominante.

En el período de transición política de los años 1975 a 1982 del siglo pasado, se produce una auténtica batalla en el mundo de la generación que aspira a ser hegemónica; batalla que se salda con una indiscutible victoria de los más jóvenes de aquella generación y la sonora derrota de los que tenían más años. Triunfan electoralmente jóvenes como Adolfo Suárez o Felipe González y son preteridos los políticos más maduros, como Manuel Fraga o Santiago Carrillo. Esta preferencia del electorado ha planteado el problema de si operó la memoria o el olvido en el comportamiento de los electores. ¿Se pretendía dejar atrás el pasado? ¿Se trataba de no rememorar los agravios y de no recordar las injusticias?

Este echar al olvido las querellas del pasado ha provocado que se hayan enaltecido aquellos años como fruto de un acuerdo, de un consenso, de un pacto, que parecía imposible entre las dos Españas. Por fin los españoles éramos capaces de acordar un texto constitucional que no fuera de parte y de articular un sistema político en el que dos grandes partidos podrían turnarse en el poder, asistidos por dos partidos más pequeños y con la presencia de fuerzas nacionalistas hegemónicas en sus respectivas nacionalidades. Unidad nacional, bipartidismo, legitimación de la monarquía parlamentaria, Estado de las autonomías y ferviente apoyo al proyecto europeo eran los elementos fundamentales del modelo del setenta y ocho; un modelo recreado una y otra vez por sus protagonistas, que estaban satisfechos con la obra realizada y dispuestos a defenderla con uñas y dientes frente a cualquiera que deseara ponerla en cuestión; dispuestos también a defender cada una de sus piezas, como la Monarquía y hasta el comportamiento del anterior monarca dada su contribución al proceso de transición.

En esta tarea de legitimación han jugado un papel fundamental los historiadores. Escribo este prólogo poco después de leer a Vicenç Navarro enmendar la plana a historiadores como Paul Preston o Ángel Viñas, a los que reconoce su tarea para profundizar en el conocimiento de los años de la Segunda República y la guerra civil, pero a los que reprocha su defensa incondicional del modelo del setenta y ocho hasta considerarlo modélico.¹ Para Navarro, se ha producido una pérdida de la memoria sobre la cultura republicana, y, lo que es más importante, una pérdida de relevancia a la hora de pensar en los problemas del presente y del futuro, como si una Tercera República no tuviera nada que aportar y no tuviera sentido pensar siquiera en su posibilidad.

Esta cultura de la Transición choca con lo que van a vivir las nuevas generaciones: las que nacen años después y a las que todos aquellos avatares les llegan como algo extraordinariamente lejano. Entre estas generaciones tenemos la que llega cuando ya está consolidada la democracia y la que irrumpe con el 15 de mayo del 2011. La primera hereda un mundo que gestiona sin sobresaltos, y no toca el marco constitucional. La segunda vive un momento de impugnación que afecta tanto al modelo europeo como al propio marco constitucional al convivir con el proceso independentista en Cataluña.

Para conocer cómo ha vivido la generación emergente este doble proceso es imprescindible este libro de Pablo Batalla. Y lo es, no porque dé cuenta de sus peripecias biográficas o exponga un proyecto político electoral. El mérito es otro. Se trata de la mirada de alguien que, echando mano de la novela histórica, las producciones televisivas, los intelectuales de referencia o las cantantes más conocidas, elabora un estudio sobre la forma en

¹ Vicenç Navarro: «Por qué es tan difícil recuperar la memoria histórica», *Público*, 10 de agosto de 2021 [en línea]. Señala Navarro que, habiendo aplaudido y reconocido el mérito de los libros de Preston y de Viñas, tiene que criticar su defensa de la transición española como una transición modélica. «Con este término el *establishment* intenta ocultar las enormes deficiencias de la democracia española [...] había un gran desequilibrio de fuerzas dentro del Estado español en el que los herederos de los vencedores tenían mucho más poder en las instituciones y los aparatos del Estado que los herederos de los vencidos».

que se va pensando el pasado, conmemorando las fechas decisivas, propiciando la adhesión a nuevos símbolos, para recrear identidades nacionales; identidades del Estado o de las naciones sin Estado. Por la obra van apareciendo Marta Sánchez y Elvira Roca, Santiago Montero Díaz y Gustavo Bueno, Isabel San Sebastián y Arturo Pérez-Reverte, series televisivas sobre los Reyes Católicos o escritoras como Ana Iris Simón. El lector que haya completado la lectura de la obra se asombrará de la cantidad de referencias culturales, históricas, literarias, que Battalla acumula para que nada falte en el mosaico de lo que hemos vivido y seguimos viviendo.

La generación del 15-M

Es interesante esta perspectiva de combinar el estudio de la historia con el análisis de los productos culturales, porque no ha sido del todo frecuente en muchos de los protagonistas de la generación emergente el 15-M; de esa generación que hoy lucha por ser hegemónica y controlar el centro del tablero.

Opera en esta generación un malestar socioeconómico ante la falta de perspectivas laborales a partir de la crisis económica de 2008. El giro en la política económica producido en mayo del 2010 cierra el acceso a la función pública de muchos jóvenes que habían desarrollado trayectorias académicas muy brillantes y se ven forzados a abandonar el país. Son años en que se van recortando derechos laborales, se van reduciendo los servicios públicos y se vive que esa Europa en la que se habían centrado las esperanzas de las generaciones anteriores comienza a ser un problema cada vez mayor para la nueva generación. Años en los que se produce igualmente una intensificación del proceso independentista catalán hasta llevar a los sucesos de octubre de 2017. Años, también, en que irrumpen nuevas fuerzas políticas, como Podemos y Ciudadanos, y se cuestiona la Transición, se produce la abdicación del anterior monarca, se juzga y condena a los dirigentes del proceso independentista, irrumpe una for-

mación de ultraderecha en el parlamento y, últimamente, todavía en el más reciente pasado, la derecha y la ultraderecha triunfan abrumadoramente en las elecciones madrileñas de mayo de 2021 y se produce la retirada de la vida política institucional del líder de Podemos. Previamente, en noviembre de 2019, se había producido la retirada del líder de Ciudadanos.

Todos estos hechos recientes necesitan ser digeridos y ello no es sencillo. Por ello se habla de *revisiónismo histórico*; de una izquierda que ha renunciado a la batalla por la igualdad y se centra en las guerras culturales, y no faltan los que consideran que el fiasco de los nuevos partidos ha propiciado una vuelta al bipartidismo con la monarquía legitimada tras la salida de España del rey emérito y el papel desarrollado por su sucesor. En estos combates en los que estamos hoy y en los que nos cuesta encontrar un hilo de continuidad es importante leer la nueva realidad en toda su complejidad; complejidad que aparece a partir de la acumulación de productos culturales de distinto origen. Este es el mérito mayor del libro. Creo que debería ser de estudio obligado para aquellos que tratan de combinar el estudio de la historia contemporánea con el acceso a las fuentes literarias y el análisis de las producciones televisivas.

¿La nueva generación logra romper con el discurso hegemónico durante la Transición? Mi tesis es que se encuentra con la dificultad insuperable de cuestionar la forma de Estado y definirse acerca del desafío independentista. Si solo se hubiera puesto en cuestión la monarquía, dada la abdicación y la posterior salida de España del rey emérito, las cosas hubieran ido de otra manera, pero el hecho es que se pedía a la opinión pública que se pronunciara, no solo acerca de la legitimidad de la institución monárquica, sino también de la plurinacionalidad. Es decir: no estaba claro si se trataba de apoyar una República o de abrir un proceso constituyente en el que se plantearan procesos de autodeterminación de distintas naciones que aspiran a tener un Estado propio.

Los retos de futuro. ¿Qué nos cabe esperar?

Como estudia acertadamente Pablo Batalla al analizar distintos procesos de construcción de la identidad nacional, es difícil prescindir de los relatos sobre la nación. El libro comienza con una Marta Sánchez que no tiene complejos a la hora de crear una nueva letra para el himno nacional español. Una canción que es coreada con entusiasmo semanas después por algunos que habían abjurado de cualquier himno, de cualquier bandera, de cualquier símbolo, como antiguallas del pasado. Esas antiguallas que parecían solo interesar y emocionar a los nacionalistas catalanes eran recibidas entusiásticamente por los nuevos nacionalistas españoles. De golpe y porrazo, no solo cabía apelar a los procedimientos democráticos o a la fría ciudadanía: era imprescindible exaltar los sentimientos; sentimientos a su vez azuzados e incrementados por una nueva visión del pasado donde se pedía dejar atrás los complejos y defender con brío y con fuerza el pasado imperial. España de nada tenía que arrepentirse y de nadie tenía que aprender; menos de los que habían estado dispuestos a propalar una *leyenda negra* construida por los enemigos del Imperio español; enemigos que habían contado con la complacencia, la complicidad y la traición de las élites intelectuales españolas, que habían tenido un comportamiento antipatriótico. El desafío estaba lanzado y se iban articulando los nuevos mimbres de discurso nacionalista español.

¿Cómo debería responder la generación del 15-M a este reto? Tras la acumulación de materiales aportada por Pablo Batalla, algo queda claro. Por mucho que la regresión en los derechos económico-sociales sea una realidad, por mucho que las nuevas expectativas abiertas en Europa permitan abrigar una leve esperanza, la batalla cultural va a continuar. Y va a continuar porque no es un capricho de una izquierda emergente que ha descuidado los intereses de los trabajadores y se ha centrado obsesivamente en los problemas que afectan a las cuestiones de identidad. Esta tesis sostenida en los últimos tiempos debe ser al menos matizada tras la lectura de esta obra. Personalmente,

he aprendido mucho sobre los contenidos del debate que agita a la generación de Pablo Batalla. El problema va a seguir porque, más allá de la proliferación de autores y de novedades editoriales, hay, como diría el clásico, condiciones objetivas que hacen imprescindible la continuidad del debate sobre las distintas identidades.

Al dar cuenta de los defensores de la España sin complejos, hay algo que se estremece en la trinchera ideológica de la que formo parte y es la relación entre España y Europa. Para la generación de la Transición, Europa, la Europa comunitaria, era la gran esperanza tras años de dictadura. Se trataba de que España, por fin, estuviera en su sitio, como analizó con tanto acierto Fernando Morán. El problema hoy es que esta Europa, la Europa democrática, le debe mucho a España, a la España derrotada, a la España exiliada, a la España vencida, pero, pasados los años, no ha saldado esa deuda. Quisiera dedicar las últimas reflexiones a este punto. Los que hemos vivido nuestra vida política desde una época distinta, desde una experiencia marcada por otros hechos, no podemos sino rememorar y recordar, reivindicar como fuente de inspiración, la vida de aquellos que lograron defender la democracia republicana, sufrieron el abandono de las democracias europeas con la política de no intervención y volvieron a sufrir el abandono al finalizar la segunda guerra mundial e imponerse la lógica de la política de bloques. Eran hombres y mujeres que no estaban acomplejados con su país, ni miraban acriticamente todo lo que venía de Europa, ni especialmente lo ocurrido en Francia o Inglaterra. Me parece una muestra palpable de la ausencia de una cultura republicana sólida en nuestro país el que se pueda sostener que la generación del catorce, la generación de derrotados como Manuel Azaña o Indalecio Prieto, como Fernando de los Ríos o Luis Araquistáin, como los jóvenes Adolfo Sánchez Vázquez o Manuel Azcárate, tenían complejos de inferioridad en relación con las democracias europeas. Muy al contrario, había en ellos un orgullo legítimo por haber parado un golpe de Estado que provocó una terrible guerra civil, en la que no se hubiera producido el triunfo

de los nacionalistas españoles sin el apoyo de las potencias del Eje y el abandono de las democracias, asustadas ante el avance de Hitler y dispuestas a la política de apaciguamiento.

He puesto a propósito del término *nacionalistas españoles* para diferenciar su nacionalismo de otros posibles nacionalismos. El nacionalismo triunfador en la guerra civil estaba inspirado tanto en el catolicismo como en las potencias del Eje. Por ello, durante años se entabla la batalla entre los nacionalcatólicos y los nacionalsindicalistas. Pero frente a ellos, formando parte de los derrotados, está la España liberal, institucionista, la España laica a la que van a combatir con saña los vencedores tras la guerra civil. Había que enterrar cualquier vestigio de la Institución Libre de Enseñanza, la Junta de Ampliación de Estudios o la Residencia de Estudiantes. Había que hacer pagar sus dudas, sus titubeos, sus silencios, a los que, a su juicio, habían sido los últimos representantes del desastre, como era el caso de Ortega. Y, naturalmente, había que borrar de la memoria las ideas de los republicanos y los socialistas que habían aspirado a una España que —como señala con acierto Pablo Batalla— idealizaba la España de las Tres Culturas para prevenir del peligro de una fusión entre el poder político y el poder espiritual. Es la España que defiende emocionado Fernando de los Ríos en las Cortes republicanas al discutir la cuestión religiosa y considerar que el mejor pasado de España era el que representaba el erasmismo, la España que pudo ser y no fue, al ser aplastada por la Contrarreforma. Esa España existió y es de justicia recordarlo frente a los que sostienen una defensa de nuestra historia, y de nuestra nación, siempre y en todo lugar porque con la patria, como con la madre, hay que estar siempre, con razón o sin ella. Esta es la posición que siempre sostuvo el pensamiento reaccionario, pero no la que defendieron las grandes figuras del pensamiento republicano como Manuel Azaña. Tenemos un deber de memoria con ellos los que pensamos que ahí, en aquellos derrotados y exiliados, está la mejor España.

He leído esta obra este mes de agosto en Gijón. Escribo de vuelta en Madrid y no puedo sino recordar mis paseos por la

plaza del Parchís, viendo una vez más, frente a frente, la *Iglesiona* y el Antiguo Instituto, los Jesuitas y a Jovellanos. En estos paseos recordaba a un viejo amigo, republicano ya fallecido: Paco Prendes, que siempre me mostraba su desazón por que el malestar que surgía de las plazas tras el 15-M no redundara en un apoyo al ideal republicano. Prendes dejó escrito, citando al joven Gil Novales, que el homenaje a grandes referentes históricos como Jovellanos debería servir «como un intento de suscitar interés y entusiasmo y contribuir a que emerja de nuevo lo que estaba soterrado».² Me hubiera encantado poder recomendar este libro de Pablo Batalla a Paco Prendes. No puede ser, dado que ya no está entre nosotros, pero sí puedo recomendarlo a los miembros de mi generación para hacerles ver que la historia no se detiene. Hay algo más que adanismo en la nueva generación emergente, como superficialmente se dice y se repite. Naturalmente, hay muchos jóvenes que están en el adanismo, pero el debate sobre la España vaciada, las polémicas de género, el nuevo feminismo, la política de los cuidados, la eutanasia y la muerte digna, la multiculturalidad o el cosmopolitismo que esta generación abandera merece la mayor atención. De todos estos temas complejos y apasionantes habla y escribe con rigor Pablo Batalla.

Este epílogo llega al final y solo cabe imaginar que alguien que tiene toda una vida por delante tendrá nuevos retos que acometer. Pablo, además de escritor apasionado, es un magnífico entrevistador, como muestran sus conversaciones en *El Cuaderno* con Juan Andrade, Francisco Erice, Guillermo Rendueles, Beatriz Gimeno, Rosa María Cid o María Teresa de Borbón-Parma, entre otros muchos entre los que se encuentra, modestamente, el autor de este epílogo. Lo interesante es que, siendo capaz de ponerse en la piel del otro para hacer más atractivo su periplo biográfico, logra también avanzar hacia terrenos remotos, donde habitan interlocutores muy alejados de sus convicciones, a los que ha dado voz, sitio, lugar, en un mosaico lleno de atrac-

² Francisco Prendes: *Caldereta gijonesa*, Gijón: Impronta, 2021, p. 243.

tivo y complejidad. Un mosaico al que habrá que volver una y otra vez para saber cómo piensa y desde dónde piensa una generación que emergió con fuerza en nuestra vida colectiva, y hoy está dispuesta a disputar la hegemonía del nuevo sentido común y de los nuevos relatos y proyectos sobre la nación.